

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

ACADEMIA DE CIENCIAS

BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES

DE

CÓRDOBA

EN 7 DE ENERO DE 1905

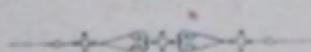
POR LOS SEÑORES

Don Cipriano Martínez Rucker

Y

DON ENRIQUE REDEL

EN LA SOLEMNE RECEPCIÓN PÚBLICA DEL PRIMERO



R. 30705

CÓRDOBA

IMPRESA DEL DIARIO

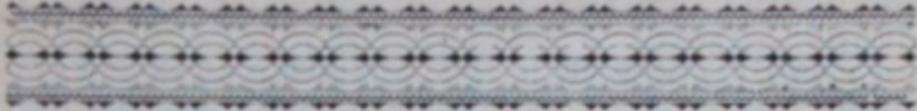
Letrados 18 y García Lopera 20

1905

DISCURSO

DE

DON CIPRIANO MARTÍNEZ RÜCKER



SEÑORES:

Permitid, ante todo, que os signifique mi más sincera y profunda gratitud por la inmerecida distinción con que me honrais, aproximándome á vosotros en lo posible. Favor tan señalado, más lo debo á vuestra extremada benevolencia, que á mis bien escasos merecimientos. Procuraré compensar la falta de aptitudes, con una buena voluntad y perseverancia, ofreciéndome á coadyuvar con mis pobres iniciativas á los nobles fines de esta docta Academia.

Ya que para formar el gran edificio de la humana cultura, no contribuyen tan solo ricos mármoles y bloques de granito, sino que tambien aporta su cooperación el diminuto grano de arena, yo aspiro á ser entre vosotros ese grano de arena, que sirva de punto de contacto, de lazo de unión en la labor interesante de tan excelentes é ilustrados compañeros.

Permitid, asimismo, que dedique un piadoso recuerdo á la memoria del notable poeta que me ha precedido; del inolvidable D. Manuel Fernández Ruano, cuya necrología no he de trazar, puesto que de todos vosotros son harto conocidas sus hermosas odas, entre las que descuella la titulada «Al canal de Suez.» Cumpliéndose la fatal é inevitable ley que todo lo transforma, fuése para no volver, dejando á su paso por esta Academia útiles y fructuosas iniciativas. Sus cenizas reposan ya en la amada patria y Córdoba debe sentirse orgullosa de custodiar la tumba del bueno é infortunado cantor de San Eulogio; tumba que no es tan solo lugar de destrucción de la materia orgánica, sino arca inspiradora que para siempre guarda nobles y elevados pensamientos...

Es costumbre tradicional en esta Corporación, que el recipiendario lea un Discurso versado sobre algún punto científico, literario ó artístico, y he aquí el más grave apuro para el músico humilde, que rara vez ha expresado sus mezquinas ideas fuera del pentagrama.

¿Qué tema, pues, escojer? ¿De qué tratar? ¿Osaría arriesgarme á desenvolver arduos problemas de trascendental interés para el arte de los sonidos, que reclaman estudios severos, cierto tecnicismo y el estilo y galanura adecuados á esta índole de trabajos? Declaro sinceramente que no alcanzan mis fuerzas á tanto. Sin embargo, aunque amedrentado de mi propia flaqueza, y puesto que es preciso en estas solemnidades, molestaré vuestra atención por breves momentos, si no con una disertación erudita—porque

esto, repito, que no lo sabría hacer, ni intentarlo siquiera—divagando al menos acerca de la más espiritual de las bellas artes y de su benéfica influencia en la general cultura de los pueblos.



¡La música! Sublime lenguaje cuyo dominio comienza donde el de la palabra termina: *única introducción incorporal al mundo superior del saber*, como dijo el soberano sinfonista; arte divino de rapidísimas ondas vibratorias, que al chocar en nuestros oídos y repercutir en nuestro cerebro, nos conmueven y subyugan haciéndonos experimentar vagas y profundas sensaciones!

¿Quién desconoce el misterioso poder de sus notas armoniosas? Ellas predisponen á la benevolencia, sirven de lenitivo al dolor, calman la inquietud ó el hastio; hacen enardecer nuestro espíritu. Ellas presiden todas las fiestas y espectáculos, forman parte en las litúrgicas ceremonias, endulzan la apacible vida del hogar, inspiran á nuestras madres los cadenciosos ritmos con que nos adormecieron en el regazo, ellas, en fin, nos acompañan á la última morada con lúgubres y melancólicas salmodias!...

Su origen es tan antiguo como el hombre, de la existencia de una armonía universal; de los sonidos formidables ó dulces producidos por la naturaleza;

de ese admirable concierto que sirvió á Pitágoras para cimentar una de las bases de su filosofía, nació la música de la especie humana, manifestándose de igual modo entre las heladas brumas del norte, que bajo el ardiente sol del mediodía.

Todas las razas; todas las civilizaciones, le han rendido culto. En Atenas y en Roma ejecutábanse las tragedias de Sófocles y de Eurípides, de Ennius y de Séneca, recitando el diálogo según las leyes de la melopea é introduciendo además danzas y coros durante los entreactos. Aun cuando parezca inverosímil, los tiranos Calígula, Claudio y Nerón amaban el arte y concedieron á los músicos infinitos privilegios. Nerón obligaba á tomar parte en las representaciones á los venerables senadores y él mismo solía cantar en público acompañándose con la lira ó el arpa.

Los árabes, que sintieron por la música marcada predilección, la cultivaron tambien en la corte de los Califas. apesar de prohibirla Mahoma en el Corán, y es ciertamente muy interesante el estudio de sus características tonalidades compuestas de pequeños intervalos, que, si bien los rechaza nuestro sistema musical europeo, no dejan de ofrecer variados é inagotables recursos con que enriquecer la policromía del arte.

Después de la invasión de los bárbaros, la música quedó circumscrip^{ta} en las iglesias al ^{canto} Gregoriano. En el siglo XI el monge benedictino Guido d' Arezzo, estableció las siete notas musicales tomando el nombre de la primera estrota del himno á San

Juan. Durante el siglo XIII, la armonía permanece estacionaria. A la mitad del XVI, Felipe Neri, apartándose de la estoica tonalidad eclesiástica, se dedica con ardor al progreso de la música religiosa; Claudio Monteverde encuentra las disonancias estableciendo las leyes de las tonalidades, y en este mismo siglo, Jacobo Peri, con el apoyo de la famosa academia florentina, basándose en la melopea griega, crea la más bella expresión del arte pagano: el drama lírico.

Caminando de progreso en progreso, la música ha sufrido paulatinamente completas transformaciones, hasta llegar á la época más interesante de su historia; aquella en que fueron sucesivamente apareciendo esos grandes genios que se han llamado Bach, Haydn, Mozart y Beethoven: esos colosos que supieron elevar al máximun de la perfección el género instrumental; en la iglesia con sus oratorios; en el concierto, con la sinfonía, el cuarteto ó la sonata.

Sucesivamente han brillado en esta forma de arte Schubert, Mendelssohn y Schumann demostrándonos con su interesante y fecunda labor, que, á excepción de Ricardo Wagner, el temperamento alemán se inclinó más hacia la música *pura* que al realismo del drama.

Desde entonces ¡qué nuevos y atrevidos encadenamientos de acordes! ¡Qué continuo divagar de modulaciones! ¡Qué enorme evolución polifónica!...

Si el sentimiento religioso halló su más noble y elevada expresión en el austero cantor de Leipzig, en Sebastián Bach, Beethoven á su vez simboliza el

sentimiento puramente humano con todas las alegrías y tristezas de la vida. Ellos, en unión del revolucionario é innovador Wagner—el de las armonías de infinitos matices y arrebatadora tensión dramática—forman el supremo triunvirato del genio musical.



Las naciones que marchan á la vanguardia de la civilización, reconociendo la benéfica influencia que la música ejerce en la educación de la juventud, hace tiempo que decretaron obligatoria su enseñanza. En la culta Alemania, es de admirar el alto concepto que les merece: la cultivan al par que otros serios estudios, familiarizándose con las fugas y sonatas de los clásicos, no por fútil distracción, sino como elemento educativo; como medio de vencer las pequeñas luchas de la vida escolar y más tarde como noble ocupación que les preserva del vicio en el rudo batallar de las pasiones. ¡Hermoso ejemplo que aquí debiéramos imitar!

La música constituye el consuelo de los desventurados ciegos que encuentran en ella el fundamento de su incompleta educación. Contribuye asimismo poderosamente á la regeneración del obrero por medio de las grandes masas vocales denominadas Orfeones. Su empleo terapéutico dá maravillosos resulta.

dos en los alienados y ejerce su dominio moralizador hasta en el desgraciado delincuente.

Inclinar, pues, el ánimo de los pueblos hacia los nobilísimos sentimientos del arte; despertar su admiración á lo bello; inculcar el germen del sentido moral que la música contiene, es empresa en extremo humanitaria; misión altamente civilizadora.

Al hombre—dice Bardette—«no le basta la vida material; en las graves crisis; en tiempos de marasmo, busca al poeta y al músico para que enjuguen sus lágrimas ó lloren sobre su tumba.» Necesita del espiritual lenguaje que conforta á las almas sedientas de ideal; de ese lenguaje que Blaze llama *divino presentimiento* y que San Agustín, en nombre del catolicismo, ha proclamado una virtud.

Mas perdonad si he abusado de vuestras bondades, al pretender ensalzar las excelencias de mi arte; arte que por todos debiera ser cultivado, procurando á la vez infiltrar su luz bienhechora en la tierna inteligencia del adolescente, porque es indudable, señores, que la música ejerce un mágico poder sobre nuestras facultades intelectuales y morales; que la harmonía de las voces y del sentimiento, engendra la harmonía de las buenas acciones.

HE DICHO.

DISCURSO
DE
DON ENRIQUE REDEL



SEÑORES:

Después de ver caminar á un hombre con paso firme por un campo hermoso que le es conocido, os dará lástima de que tanto tropiece quien, como yo, emprende la marcha por ese mismo camino, viajero extraño y sin más compañía que la de su espíritu enamorado de las bellezas que se le presentan á la vista: viajero que vaga sin rumbo fijo, á merced de las circunstancias; peregrino acaso expuesto á las burlas... Acabais de oír una brillante apología é historia, á grandes rasgos, del arte sublime de la música, hecha por un distinguido maestro compositor que sobresale en el ejercicio de ella, que conoce sus secretos y sus dificultades y que puede, en fin, cantar dignamente sus excelencias tanto por la lectura frecuente de los tratados especiales á que le impulsa su profesión, como por las ideas que le inspira la

experiencia propia. Después de escuchar, pues, ese himno consagrado á la música con la pericia del artista acostumbrado á remontarse á esas regiones espirituales de la belleza, os parecerá mi discurso *nota discordante*; mi voz en este punto es inconsciente como la de los más humildes pajarillos del campo.

Ciertamente, señores, reconozco mi insuficiencia; pero me mueven, lanzándome á ese campo, el cumplimiento de un deber exigido por esta docta Corporación y la buena amistad del recipiendario.

Alabanzas merece la ilustre Academia á quien tengo el honor de dirigirme, por el acierto que ha demostrado al designar al señor don Cipriano Martínez Rütcker para que ocupe una de las plazas vacantes en ella, en lá sección de Nobles Artes. Aquí el músico viene á sustituir al poeta: Martínez Rütcker sucede al inolvidable D. Manuel Fernández Ruano, aquel varón tan bueno de alma como de ingenio, pobre de bienes y rico de imaginación, ornamento de la poesía cordobesa en el pasado siglo, autor de odas magistrales, rotundas, vibrantes y magestuosas que recordaban los robustos acentos de las lirás de Quintana y de Nicasio Gallego. ¿Quién, efectivamente, aunque bajo distinto aspecto, pudiera reemplazarle!

El nombre de Martínez Rütcker ha resonado con aplauso mucho más allá de los centros artísticos de esta hermosa tierra. Algunas de las obras musicales de este benemérito cordobés han sido ejecutadas por la sociedad de Conciertos de Madrid bajo la dirección del eminente maestro Bretón, quien le ca-

lífica de *verdadero poeta de la música*. Dedicado desde edad temprana al estudio del piano y de la composición, no contaba aun diez y ocho años cuando hubo de estrenar una zarzuela en el Teatro del Príncipe Alfonso, de la Corte. Posteriormente fué pensionado por nuestra Excma. Diputación provincial para que perfeccionase sus conocimientos en el extranjero y, bajo el cielo de Oporto, estudió harmonía, contrapunto y fuga é instrumentación con el notable profesor Giovanni Franchini, preclaro discípulo de Mercadante. Sus obras, especialmente de piano, de canto, de violín y del género exclusivamente instrumental, han merecido la sanción favorable de varones tan conspicuos en esta materia como Sarasate y Monasterio, Serrano y Brú, Tragó y Zubiarre, y le han conquistado títulos honoríficos tales como el de Correspondiente de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, el de «Officier de l'Academia» de Francia, el de Académico honorario del Real Instituto musical de Florencia y varios primeros premios en públicos certámenes. Difunde, además, constantemente por medio de la enseñanza las bellezas de su arte como profesor de Harmonía y Director de nuestra Escuela provincial de Música, y á las veces las propaga también para deleite de los aficionados con la publicación de folletos y artículos, de los cuales es buena muestra el discurso que acaba de pronunciar.

¿Y qué he de decir por mi propia cuenta, señores, acerca del arte en que tanto se destaca el nuevo académico? Mis antepasados ejercieron esa nobilísi-

ma profesión y vinieron aquí desde las poéticas plavas de Nápoles trayendo en sus almas el sentimiento de las maravillas de la música; acaso por esto se arraiga también en mi corazón el amor á ella; al eco de sus mágicas cadencias mi espíritu se remonta en alas del entusiasmo; pero mis labios no aciertan á expresar las emociones que siente. Verdad es que, á lo que entiendo, la Música es siempre vaga y misteriosa como las nieblas: y sin duda por esta causa puede afirmarse que en cada persona produce una impresión, siempre agradable, pero distinta según el estado del ánimo; la misma vaguedad de la música contribuye á que sus notas halaguen á un mismo tiempo los sentimientos que cada uno lleva en su corazón: se adapta, en un mismo caso, produciendo efectos muy distintos, á la pasión y á la situación moral de cada sujeto. Congenia con todos y tiene fuerza suficiente para sugestionar al más insensible. Tal vez con el deseo de encomiarla decían los poetas paganos que la lira de Orfeo cautivaba á las fieras, conmovía las aguas y trasportaba los árboles.

Ella, la Música, penetra en nuestro corazón y lo extremece de placer: baña la mente de una melancolía ideal y la encumbra á las esferas más espirituales de la belleza; ella es capaz de enardecer las pasiones y de forjar héroes, resonando guerrera en las batallas, y logra elevarnos hasta Dios vibrando magestuosa en el ámbito de las soberbias Catedrales.

¿Quién no se dejar seducir de esa diosa fantástica y soñadora? «Cuando un ejército francés—decía

Chateaubriand aludiendo á uno de los más conocidos himnos religiosos—cuando un ejército francés acampado en las llanuras de Leus ó Fontenoy, en medio de los rayos y de la sangre caliente, al son de clarines y trompetas y cercado de fuegos marciales, doblaba la rodilla y entonaba el himno al Dios de las batallas, ó por mejor decir, cuando en medio de lámparas, mazas de oro, hachas, perfumes, toque de órgano, repique de campanas, sonido de serpentones y bajos, hacía resonar este magnestuoso himno las vidrieras y hasta los subterráneos y bóvedas de una antigua basílica, entonces, digo, no había hombre que no se sintiese trasportado ni dejase de sentir algún movimiento de aquel delirio que hacía brillar á Píndaro en los bosques de Olimpia y á David en el torrente de Cedrón.»

Sí: la Música es la madre del sentimiento popular y el pueblo gusta de ella instintivamente; la mujer al borde de la cuna embelesa al niño con sus cantos; con sus cantos distrae el obrero las fatigas del trabajo rudo; el galán en las noches serenas, al rayo de la luna, ofrece á la virgen de sus amores las armonías de la serenata... ¿Mas. para qué repetir, señores, lo ya expresado por el nuevo académico? El al propio tiempo ha ilustrado su discurso con toques históricos de ese arte sublime que, al decir del maestro Camps, debió de nacer en el Paraíso porque el hombre indudablemente elevó una plegaria después de su caída y entonces, con esa plegaria, la *Música* apareció sobre la tierra cual arco iris después de la tempestad. ¡A qué pues tampoco, por mi parte.

volver á recordaros el florecimiento de ese armonioso lenguaje de los sonidos en la antigua Grecia, en la Roma de los Césares, en la Corte de los Califas, en todos los tiempos y en todas las civilizaciones!

Concluyo, pues, felicitando al nuevo compañero, en nombre de todos vosotros, y abrigando la esperanza de que cooperará con sus esfuerzos é iniciativas á los propósitos de esta antigua Corporación, puerto seguro de dulce paz, noble asilo de las ciencias y las letras y templo donde, á la manera del humo del incienso, se eleva el alma ante las aras de la belleza artística.